

MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.
Número suelto 4 rs.

NUM. 212.—SÁBADO 19 DE MARZO DE 1833.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 3 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y extranjero: Año 80.

NECROLOGIA.

EL R. OBISPO DE CADIZ.

La Iglesia española viste luto por la irreparable pérdida que acaba de experimentar en la persona de uno de sus mas dignos prelados, el Excmo. é Illmo. Sr. D. FRAY DOMINGO DE SILOS MORENO, obispo de Cádiz, que ha fallecido el dia 9 del actual en aquella misma ciudad.

Este varon insigne, honra y prez del episcopado español, ha bajado al sepulcro en la avanzada edad de ochenta y tres años, habiendo nacido en 29 de julio de 1770 en la villa de Cañas, diócesis de Calahorra, provincia de Logroño. Concluida su brillante carrera literaria, y siguiendo su irresistible y sublime vocacion religiosa, abrazó muy jóven el estado eclesiástico, y la regla benedictina, profesando en el monasterio de Sto. Domingo de Silos, su santo patrono, de donde la fama de sus virtudes cristianas, de su talento é ilustracion le sacó para la importante abadía mitrada del monasterio de San Martin de Madrid, siendo antes nombrado obispo *in partibus* de Canaten, y administrador del arzobispado de Caracas, y consagrado en su misma casa profesa en 19 de julio de 1818. Por último, en 1824 fué promovido á la santa iglesia de Cádiz, de donde no ha permitido separarse en veintinueve años, renunciando para ello al arzobispado de Sevilla (para el que fué presentado despues) y hasta el mismo capelo cardenalicio.

Un tomo entero no bastaria para espresar y detallar las sublimes virtudes, la piadosa religiosidad, la modesta sencillez que formaron el cuadro de la existencia de aquel verdadero tipo evangélico, de aquel heroico prelado que por espacio de seis lustros ha sido el orgullo de la iglesia gaditana, el objeto de admiracion y entusiasmo de una de las diócesis mas cultas é ilustradas de España. Pero los actos de religiosidad, de abnegacion y de virtud cristiana del obispo de Cádiz no se escriben en el papel; se estampaban en los corazones; no son propios por su misma modestia para deslumbrar la imaginacion del lector, ni para proporcionar ancho vuelo á la pluma del poeta; pero afectan hondamente á la masa del pueblo, á la sociedad privilegiada que tuvo la fortuna de conocer y admirar de cerca aquella noble, santa y verdaderamente heroica figura. Hablando de ella decia un ilustrado viajero en un libro que tenemos á la vista, que era «el apóstol de los apóstoles, el ejemplo de todas las virtudes, el modelo de las perfecciones, el docto sin orgullo, el grande sin vanidad, el amigo del pobre, el consuelo del triste, el padre del huérfano, el amparo del desvalido, el instrumento, en fin, visible del Eterno, enviado del cielo para auxilio y remedio de sus semejantes!»

No pretendemos aquí esplayar y comentar este cumplido elogio de tan insigne varon, ni nuestras fuerzas y propósito son propios para trazar una epopeya de aquella ilustre existencia que acaba de apagar el soplo de la muerte. Unicamente nos cumple consignar en nuestras páginas un sentido recuerdo á su memoria, señalar en su espléndida carrera episcopal un hecho grandioso, inmenso, y hasta (atendidas las circunstancias) único y colosal: este hecho, que descuella sobre todos los muchos beneficos del difunto obispo de Cádiz, es la atrevida obra emprendida y llevada á cabo por sus heroicos esfuerzos, la conclusion del magnífico templo catedral de aquella ciudad.

«La obra entera (decia nuestro ilustrado amigo el señor D. Francisco Flores Arenas) es un gran monumento de ver-güenza que alza este siglo pobre al siglo opulento que pasó; que eleva contra el descuido y dilapidacion de muchos la honradez y el celo de un solo hombre.»—En efecto, á todo el que visita aquel magnífico templo alalta indudablemente la idea de la exactitud de aquellas palabras, y la admiracion é entusiasmo hácia aquella mano inmortal que en una época de miseria, de poca fé, en medio de los trastornos de las guerras civiles y de las revoluciones políticas, y cuando por resultado de aquellos principios, de aquellas revueltas, venian á tierra en toda España insignes monumentos de la piedad de las pasadas generaciones, acometió la empresa de levantar

un nuevo y suntuoso templo en un pueblo decaido profundamente de su antiguo esplendor, y castigado mas que otro alguno por aquellas discordias, por aquella miseria, por aquella tribulacion.

¿Y con qué auxilios contaba el pastor gaditano, cuando en octubre de 1832, guiado por su sublime inspiracion, se atrevió á emprender la temeraria empresa de la obra del mármoreo templo catedral, suspendida *por falta de recursos* desde los años de 1791, desde los años precisamente en que las grandes flotas españolas aportaban á aquellas playas los tesoros del Nuevo Mundo? ¿Qué arbitrios nuevos, qué nuevos impuestos podia improvisar en una poblacion abatida, castigada por el infortunio y la miseria? La fé, la fé y la constancia religiosa, hondamente grabada en su alma, y transmitida por instintiva simpatía hasta el último de sus feligreses, bastaron á destruir todos los obstáculos, á improvisar todos los recursos, á llevar á cabo todos los ensueños magníficos de una enérgica y sublime voluntad. El ejemplo del obispo que consagraba á tan alto objeto todos sus haberes, todos los productos de

mayores datos que los que hoy poseemos, podamos llenar en lo posible este deber, y pagar de nuevo al insigne prelado, cuya pérdida lamenta hoy la Iglesia española, el tributo de reconocimiento y admiracion que merece de todos los patrios corazones.

LA SEÑORITA DE KEROUARE,

POR J. SANDEAU.

(Conclusion.)

—¿Con que decís, padre mio, dijo de repente dirigiéndose á Mr. de Kerouare, que Mr. de Grand-Lieu os abrazó al separarse de vos esta mañana?

—Y que al abrazarme pronunció repetidas veces vuestro nombre, añadió el anciano estrechando la mano de su hija.

—¡Ha pronunciado mi nombre! exclamó para sí, y como entregada á una idea.

Y añadió:

—Es la primera vez que Mr. de Grand-Lieu os ha abrazado; ¿no es verdad, padre mio?

—La primera, en efecto; respondió el anciano. María se levantó de repente al oír esto, escribió algunas líneas, hizo llamar á Jorge, el mas inteligente de sus criados, y le dijo:

—Ensillad al momento un caballo, id al castillo de la Penissiere, buscad á Mr. de Grand-Lieu, entregadle esta carta, y volved antes de una hora.

—Al momento, señora, respondió el honrado mozo.

No bien habia salido Jorge, cuando la tempestad estalló con toda su fuerza. Pasaron una y dos horas; pero el emisario no volvia. La lluvia caia á torrentes, y los rayos se cruzaban sin cesar. En fin, á media noche paró un caballo á la puerta del castillo: era el de Jorge, pero sin él. Esto alarmó á todos en gran manera, considerando este suceso como un terrible presagio. Todos estaban de pié, pero nadie se hablaba, y ni aun se atrevian á mirarse.

Al despuntar el dia se oyeron resonar por todas partes los tambores y trompetas. No tardaron en ver desfilar algunos batallones, y habiendo enviado á saber, les contestaron que se dirigian al castillo de la Penissiere, el cual, segun decian, trataba de oponer gran resistencia. María estaba persuadida que su esposo se encontraba allí. Jorge habia sido encontrado muerto en el bosque antes de poder cumplir su comision. Mad. de Grand-Lieu quiso partir para arrancar á su esposo del peligro, costando gran trabajo el disuadirla de aquel peligroso designio. El penetrar allí era imposible; desde muy temprano habia sido sitiado, y no permitian pasar á nadie. Además era dudoso todavia que Mr. de Grand-Lieu se hubiera encerrado allí.—«Te ama, la decia Mr. de Kerouare; sabe que su vida te pertenece y no querrá esponer su existencia.»—Pero ¡ay! María conocia muy á fondo á su esposo, y hé aquí por qué se desesperaba tanto. ¿Cosa estraña! en medio de tantas emociones, ni una sola vez se acordó de Octavio, ni aun para acusarle de su desgracia y maldecirle. Su recuerdo se habia desvanecido para siempre.

María se habia situado á la ventana, observándolo todo y escuchando con dolorosa ansiedad, los ojos humedecidos, palpitante el corazon. Su padre estaba de pié junto á ella. Los criados todos se hallaban reunidos en su cuarto. La Penissiere está tan cerca de Kerouare, que María hubiera podido ver los tejados y las torres sin los árboles que lo ocultaban. Antes solo era una sencilla casa de campo; aquella generosa y loca defensa le dió el nombre de fortaleza. Sus títulos de nobleza fueron sellados con la sangre de veinte héroes.

Sin embargo, todo se encontraba en perfecta calma. Algunos paisanos que pasaron entonces por Kerouare, dijeron que aquel tiroeo no habia sido mas que una alarma falsa, y que en la Penissiere no habia nadie mas que el colono. Brilló por un momento un rayo de esperanza al oír aquella noticia, pero no tardó en desvanecerse cuando á un redoble de tambores comenzaron de nuevo las descargas.

Ocurrió entonces una escena que hubiera hecho llorar á los mas indiferentes. María cayó moribunda en brazos de



El R. Obispo de Cádiz.

su dignidad que no eran empleados en limosnas y donativos, que se desprendia hasta de lo mas preciso para su modesta existencia, que se reducía á vivir en una de las mas pobres y desalojadas mansiones, á una mesa frugal, á un servicio reducido á la mas mínima expresion, no podia menos de influir poderosamente en el ánimo de los habitantes de la culta Gades, y así fué que todos, desde el mas grande al mas desvalido, se hicieron un deber de concurrir con sus bienes, con sus ofrendas y hasta con su trabajo personal á aquella santa y admirable obra que dirigia por sus propias manos el ilustre y místico artífice. Y lo que habia parecido justamente un delirio en 1832, se vió realizado en 1838; y la catedral de Cádiz, consagrada solemnemente en 28 de setiembre de este último año, ofreció desde entonces al mundo una prueba mas de lo que puede la fé, la constancia y el valor de un hombre verdaderamente providencial.

Rehusamos por ahora á la grata tarea de ofrecer á nuestros lectores una descripcion de aquel hermoso templo (única página de esta clase en la historia de nuestras artes en el presente siglo), pero aplazándola para cuando con presencia de

su padre, y toda la familia la rodeó llorando amargamente. Empero pronto el alma de Mad. de Grand-Lieu se revisió de ánimo y de valor, dominando su primer movimiento de debilidad. Arrancóse de los brazos de su padre, y volvió á colocarse á la ventana. Inútil fué todo cuanto se intentó para separarla de aquel sitio; la jóven heroica permaneció en pié, fuerte é inmóvil; muriendo mil veces, pues que cada tiro la hería el corazón.

Las descargas continuaban sin cesar. Podíase muy bien distinguir el ataque y la defensa. De tiempo en tiempo se oían algunas esplosiones sordas, luego algunos golpes aislados, siguiéndose á todo esto un silencio lúgubre y espantoso, mucho mas terrible que el ruido anterior. Por aquí se distinguía el redoble de los atambores; mas allá el agudo sonido de los clarines; mientras que por ambas partes se entonaban ó la *marsellesa* ó el antiguo canto de Enrique IV.

Mad. de Grand-Lieu permaneció inmóvil. Mr. de Kerouare, á pesar de sus años, sentía hervir la sangre. El antiguo paladín se rejuvenecía al olor de la pólvora.

De tiempo en tiempo pasaban por delante de la ventana algunos curiosos, que se habian aproximado cuanto podian al sitio de la pelea, dando noticias de lo que habian presenciado. Unos aseguraban que el castillo podía defenderse por mucho tiempo, y que sin artillería no lograrían rendirle; y otros decían sonriéndose que todo aquello no era mas que una niñada, y que para apoderarse de la plaza bastaba un puñado de hombres resueltos y decididos. En lo que, no obstante, todos se conocían detalladamente el terreno, añadian que podian escapar fácilmente por la espalda que estaba completamente libre, gracias á la lluvia del día anterior que habia inundado los campos. Citábanse muchos de los caballeros de los alrededores que se encontraban allí encerrados, pero nadie aseguraba que estuviese entre ellos Mr. de Grand-Lieu.

Hacia el mediodía empezó á verse una grande humareda que se elevaba sobre el bosque: era el castillo de la Penisiere que se quemaba. El fuego de fusilería iba cesando ya, pero los cantos eran mucho mas animados por parte de los sitiados, que resueltos á perecer, llenaban el viento de vivas entusiastas y de gritos de triunfo.

María permanecía estática; tan solo sus ojos brillaban con encendido ardor.

De repente apareció por un lado del bosque una partida de ginetes. Destacóse uno de ellos del grupo, dirigiéndose al castillo de Kerouare con la velocidad de la piedra lanzada por la honda.

Todos los del castillo exclamaron á una voz:

—¡Salvo! ¡se ha salvado! ¡es él!

María se dirigió la primera á su encuentro; pero al momento retrocedió espantada:

No era Mr. de Grand-Lieu.

VI.

Era el vizconde de W... jóven de Marsella, amigo de infancia de Mr. de Grand-Lieu y muy conocido en el castillo de Kerouare. Sus vestidos se hallaban destrozados, las manos y la cara ennegrecidas con la pólvora, y una profunda herida en la frente. Al reconocerle, María se arrojó en los brazos de su padre. El jóven guerrero permaneció en pié, guardando el mas profundo silencio. Los cantos habian cesado completamente en el castillo de la Penisiere; solo se oían de vez en cuando algunos tiros; solo el humo continuaba elevándose con mayor fuerza.

—¿Qué habeis hecho de Mr. de Grand-Lieu? exclamó la jóven separándose de los brazos de su padre; ¿qué habeis hecho de mi esposo?

—Todo cuanto ha sido posible hacer en lo humano para salvarle, respondió el jóven; pero han sido inútiles nuestros esfuerzos; Mr. de Grand-Lieu se ha negado obstinadamente á participar el único medio de salvacion que se nos presentaba. Nada ha bastado á convencerle, ni nuestros ruegos ni nuestro ejemplo. Ha protegido nuestra retirada abrazándonos á todos antes de partir. A mí es á quien ha abrazado el último. Le he suplicado en vuestro nombre que nos siguiese. Le he dicho que ya habia hecho bastante por su partido, y que debía conservarse para vos, para vuestro padre, y para servir nuestra santa causa.

—Adios, me ha contestado con triste sonrisa; mi partido nada me debe, y solo Dios conoce la causa por la que quiero morir. Estas han sido sus últimas palabras. Tal vez este papel os diga algo mas.

María tomó el papel que la presentaba el vizconde de W... Era un testamento extendido en debida forma, fechado en la Penisiere, por el cual Mr. de Grand-Lieu legaba á su esposa los restos que le quedaban de sus bienes. Pero en él no se leía ni una queja, ni un reproche, ni un adios.

—¿Ha quedado solo? preguntó la jóven.

—Solo con vida, en medio de las llamas.

—Con que estos tiros...

—Son suyos, que se defiende todavía.

—Marchaos, caballero, exclamó María; os persiguen sin duda. Esta casa es sospechosa; búscad otro asilo mas seguro.

Nosotros, padre mio, vamos á salvar á Mr. de Grand-Lieu ó á perecer con él.

En aquel momento se oyó una detonacion.

—¡Muerto! exclamó María, cayendo de rodillas.

Nada mas se escuchó: aquel tiro fué el último, y nadie le respondió.

La noche de aquel día memorable presenció un espectáculo digno de eterno recuerdo. Mad. de Grand-Lieu y su padre salieron del castillo de Kerouare, y se dirigieron á la Penisiere, seguidos de todos sus criados. El anciano conde marchaba con la cabeza descubierta, apoyándose en el brazo de su hija: parecían Andromaca y el anciano Priamo yendo á pedir el cuerpo de Héctor. Todos marchaban gravemente y en silencio, y como su decano todos los criados llevaban la cabeza descubierta. María no titubeó ni un solo momento durante el tránsito: sus pasos eran firmes, y ni una lágrima anublaba sus ojos. Al cabo de dos horas llegaron al patio de la Penisiere. Pero al querer entrar los centinelas los rechazaron con violencia, penetrando al fin, gracias á la presencia de un jóven oficial, que inclinándose respetuosamente ante un dolor

que comprendió sin preguntar, relevó á los soldados de su consigna.

Aquellos sitios devastados presentaban el fiel retrato de un campo de batalla, y de una ciudad tomada por asalto. Solo las paredes permanecían en pié; el techo se habia derrumbado con las llamas. Aquellas ruinas humeaban todavía. El patio estaba lleno de cadáveres, unos de las tropas, y otros arrojados á la violencia del incendio, heridos todos en el pecho, desfigurados, y muy difíciles de reconocer.

Los que quedaban con vida vivaqueaban entre los muertos. Por todas partes se veían pabellones de armas, tambores y todo el aparejo militar. Mas lejos, varios soldados heridos tendidos sobre colchones. El suelo empapado de sangre, y cubierto de despojos.

María se adelantó por entre aquellos horrores, fuerte y animosa. Inclinóse á cada cadáver uno á uno examinándolos todos despacio, hasta asegurarse que no era el de Mr. Grand-Lieu. Al ver que este faltaba, brilló otra vez para ella un nuevo rayo de esperanza.

—¿Son estos todos los cadáveres encontrados en el castillo? preguntó al jóven oficial.

—Todos; si señora.

—¿Y creéis haber libertado á todos del incendio? añadió Mr. de Kerouare. ¿No pueden haberse consumido algunos?

—Tal vez haya alguno bajo las ruinas; pero no es creíble.

—¡Se ha salvado! exclamó María para sí.

Pero al volver la cabeza vió un soldado que con su fija mirada la indicaba un sitio del patio, sombreado por un moral. María se estremeció, dirigióse al sitio indicado, y al llegar allí arrojó un grito, y cayó sobre el cuerpo inanimado de su esposo. Al querer su padre separarla,

—Alejaos, padre mio, le dijo; alejaos, os lo ruego.

María permaneció sola, de rodillas junto al cadáver de su esposo, hablándole en voz baja, como si él pudiera entenderla, y besando su frente pálida y sus manos sin movimiento. Mr. de Grand-Lieu tenia tres balazos en el pecho; pero su fisonomía conservaba la misma serenidad y calma que siempre; sus manos eran tan blancas como el alabastro.

El dolor de María era grave, sin lágrimas ni exclamaciones. Al cabo de una hora se levantó, y acercándose á su padre que se habia sentado á algunos pasos de distancia, dominado por la afliccion,

—Valor, padre mio, le dijo tendiéndole la mano.

Dirigiéronse ambos al oficial para pedirle el permiso de llevarse el cadáver de Mr. de Grand-Lieu.

—Es mi esposo, dijo la jóven.

—Es mi hijo, añadió el anciano.

El oficial dió al momento las órdenes oportunas para preparar una litera de ramas, sobre la que se colocó el cadáver del guerrero vendeano. Cuatro criados del señor de Kerouare lo tomaron sobre sus hombros. El fúnebre convoy atravesó así el patio al son de los tambores, mientras que los soldados formados en batalla presentaron las armas.

La litera abría la marcha, seguían Mr. de Kerouare, su hija y el resto de los criados.

Existe en Clisson sobre la esplanada de la colina que domina la orilla izquierda del Sevre nantés, un rústico cementerio, rodeado de hayas y sauces. Allí fué enterrado Mr. de Grand-Lieu sin pompa ni ceremonia alguna.

Desde aquel día Mad. de Grand-Lieu, vestida de rigoroso luto, iba todas las tardes, y siempre á la misma hora, á arrodillarse sobre el sepulcro de su esposo. Allí permanecía largas horas, y con frecuencia se veia obligado Mr. de Kerouare á arrancarla de aquella fúnebre mansion.

Tambien se la veia repetidas veces errar por los alrededores del castillo de la Penisiere.

Difícil es pintar un dolor mas tranquilo y reconcentrado que el suyo. Nunca se la veia llorar ni desesperarse: siempre tierna y cariñosa con su padre, y afectuosa para los que la rodeaban, pero distraída, silenciosa, escuchando apenas lo que se decia en derredor, y no contestando las mas de las veces mas que con una triste sonrisa.

Sin embargo, en pocos meses sus ojos se hundieron, se arrugó su frente, y palidieron sus labios. No sufría, pero se agotaba.

Una mañana dijo á su padre:

—¿Me aborreceríais, padre mio, si muriese antes que vos?

—¿Con que quieres morir? dijo el anciano.

—Hace mucho tiempo ya que hubiera dejado el mundo, si no me hubiese sostenido el temor de afligiros. Si quereis, padre mio, partiremos juntos.

—Cuando tú quieras, hija mia, estoy dispuesto; respondió Mr. de Kerouare moviendo tristemente la cabeza.

Cuanto mas se acercaba el término de sus días, mas serena se mostraba. En los últimos momentos casi estaba alegre.

María de Kerouare falleció justamente el mismo día del aniversario del combate de la Penisiere.

La víspera se acostó sin poder realizar su acostumbrada visita. Las fuerzas la habian abandonado. Al día siguiente por la mañana entró Mr. de Kerouare en el cuarto de su hija: María estaba aletargada; el anciano no se separó un momento de su lado desde entonces.

A la caída de la tarde volvió en sí, miró á su padre, y tendiéndole la mano, le dijo con celestial sonrisa:

—¿Estais dispuesto, padre mio?

Mr. de Kerouare estrechó aquella mano querida, y sintiendo que iba perdiendo el calor, la besó en la frente.

La cabeza de la desgraciada jóven permaneció inmóvil: su alma libre en fin, acababa de separarse de su cuerpo, y los ángeles la habian presentado pura y sin mancha ante el esplendente trono del eterno.

Mr. de Kerouare no tardó en seguir á su hija. Ambos fueron sepultados junto á Mr. de Grand-Lieu. Todavía se ven en Clisson los tres sepulcros.

Mr. Octavio Duvivier, uno de los agentes de cambio mas opulentos de París, que heredó naturalmente el castillo de Kerouare, no tardó en venderlo á un honrado fabricante de Nantes, que trata de establecer en él una fábrica de tejidos de algodón.

LAS CENAS DEL DIRECTORIO.

CAPÍTULO VI.

El medallón.

Eran las cuatro de la tarde cuando la señorita de Rencey, acompañada de Margarita, se adelantaba lentamente hacia la poterna en cuestion. Elena se detuvo á unos cincuenta pasos del murallon, y Margarita abrió la puertecilla del parque. En la parte exterior apareció un caballero, que ató su corcel á un árbol se dirigió hacia la poterna designada por Margarita.

Aquel caballero era nuestro capitán Raimundo: despues de mostrar una sonrisa de gracias á la jóven que, semejante al ángel custodio, acababa de abrirle las puertas de aquel Eden tan deseado, se adelantó, sombrero en mano, hacia otra hermosura que se hallaba bajo la sombra de una grande encina. Inmóvil y con la vista fija en el suelo, esperaba Elena con tranquila dignidad, al menos en apariencia, la llegada del amigo de su hermano. El capitán estaba pálido por la emocion, y se conocía que hacia esfuerzos para conservar su serenidad. Temblaba sin embargo aquel valiente oficial.

Cuando se vió á seis pasos de la señorita de Rencey se detuvo fijando en ella una mirada respetuosa. Al contemplar la belleza de Elena no pudo menos de suspirar, y se inclinó sin poder pronunciar una palabra.

Elena dió dos pasos hacia adelante y empezó la conversacion diciendo:

—Tranquilizaos, caballero, y sed bien venido.

—¿Cuántas gracias debo tributaros, señorita, respondió Raimundo! apenas me atreva á esperar... ¡Oh! He hecho mal en dudar de vuestra adorable bondad...

—Al presentarse aquí el caballero de Vitry ha comprendido sin duda que debe tener los mas esquisitos miramientos. Mi padre se encuentra en una situacion lamentable, y la presencia del señor de Vitry le causaria mucho daño.

—No lo ignoro, señorita: he sabido en Tours, aunque indirectamente y sin dar á entender el menor interés respecto á la noticia, el estado poco satisfactorio del señor de Rencey.

Elena inclinó los ojos, y Raimundo vió desprenderse de ellos una lágrima.

—Perdonadme, señorita, prosiguió: vengo á Rencey á ofreceros mis servicios, ó mas bien el homenaje de una adhesion que cuenta larga fecha y que existirá mientras yo viva.

—Gracias, caballero, replicó la altiva doncella; Dios no nos ha abandonado, y creo que en este país nos estiman bastante para que podamos temer el menor desman. Hemos atravesado dias muy crueles, y por la proteccion de la Providencia no hemos sufrido desgracia alguna.

El capitán conoció con amargura que á Elena repugnaba aceptar como protector á un hombre que servia bajo las banderas de la República. Entonces recordó todo su tiempo pasado; y el dolor, el amor propio herido, y sobre todo, la apasionada ternura que aquella hermosa jóven le habia inspirado siempre, trastornaban sus sentidos. A duras penas contenia la tempestad de encontrados afectos que rugia en su alma.

Elena se dirigia por una de las alamedas del parque, y Raimundo seguia su misma línea, aunque á cierta distancia. Entre tanto decia Margarita:

—¿Se ven hoy acaso por la vez primera?

En efecto: no se habian visto Raimundo y la señorita de Rencey desde 1792, desde que una revolucion sin ejemplo habia cambiado los destinos de la Francia, desde que el conde Vitry, paje de la reina María Antonieta en 1789 y emigrado en 1792, renunciando á sus antecedentes, entró en el territorio republicano y se alistó en las filas de la libertad, para reivindicar su parte de gloria con los ejércitos franceses.

Si: Elena y Raimundo, ambos jóvenes, ambos protegidos y favoritos de la reina, separados por siete años de revolucion, habian llegado, ella á la edad de 23 años y él á la de 26; pero habian cambiado tanto, que bien podia asegurarse que se veian por la primera vez.

Despues de algunos minutos de un paseo casi silencioso, animó el capitán, como si un rayo luminoso hubiese descendido de pronto á las tinieblas de su alma.

—Señorita, exclamó, me es imposible resistir mas tiempo el suplicio que estoy sufriendo. Mas quisiera que os hubieseis negado á esta entrevista: si; porque hubiera partido, hubiera vuelto á tomar el camino de Egipto, y en el primer encuentro me hubiera arrojado, sable en mano, entre los árabes ó los turcos: hubiera perecido cubierto de gloria, y un grande hombre hubiera pronunciado mi nombre al día siguiente de la batalla.

Las miradas de Raimundo y el eco de su voz, que acababa de vibrar de un modo extraño, detuvieron los pasos de la señorita de Rencey.

Entonces se oyó el relincho de un caballo.

El capitán añadió:

—¡Ah! ya lo entiendo: ese es un amigo que escucha mis acentos, que me contesta y me llama: es mi valiente compañero... mi caballo... mi único amigo en este mundo.

Elena volvió la cabeza y se llevó el pañuelo á los ojos: el capitán se acercó á ella y la dijo estrechando su mano:

—Elena, ¿es cierto que no aborrecéis á este pobre soldado, que hace siete años no ha cesado de adoraros en todos los campos de batalla? Mirad, prosiguió, sacando del pecho un medallón: ¿reconocéis esto?

La señorita de Rencey lanzó un grito: acababa de reconocer su propio retrato en miniatura, hecho á la edad de diez y seis años. La reina habia querido poseerlo, pues quería entrañablemente á Elena; mas al saber que Raimundo de Vitry iba á espatriarse por su causa, y no ignorando el cariño que profesaba á su favorita, le habia remitido aquel retrato como un recuerdo de gratitud y un último adios.

—Nunca, nunca se ha separado de mí, dijo Raimundo: siempre, en todas partes, entre el fuego y en los vivaques, ha permanecido sobre mi corazón... estremeceos... sobre mi corazón republicano.

El caballo árabe volvió á relinchar.

—Preguntad, Elena, preguntad á ese fiel compañero las

veces que, en medio de mis peligros, he repetido vuestro nombre adorado.

Margarita no comprendía aquella escena, que acababa de animarse de una manera tan singular.

—Caballero, contestó Elena con ternura, me acusáis de que soy severa... al menos no me acusaréis de que soy ingrata. Se que todo lo que hicisteis por Enrique, por mi infeliz hermano, que hubiera muerto en el campo de batalla sin auxilios, sin...

—Señorita, no recordeis ese doloroso acontecimiento: Enrique hubiera hecho otro tanto por mí: no pude salvarle; lo llevé al cuartel general y no le faltaron los auxilios de la ciencia ni los consuelos de la religión. El nombre de Enrique de Rency se ha cubierto de gloria entre sus compañeros de armas, pues se batió como un héroe y murió como cristiano. Elena tuvo tentaciones de estrechar la mano al capitán: los ojos de ambos estaban preñados de lágrimas.

—Espliquemos los hechos en dos palabras. Si Raimundo en 1792 se había reunido á los príncipes emigrados, fué porque creyó sincera y lealmente que su deber, como oficial y como caballero, consistía en no abandonar la bandera á la cual había jurado fidelidad. El rey y la reina estaban presos, y Raimundo no pudo hacer mas que unirse á sus constantes servidores: pasó á Alemania con gran contento de su padre el conde de Vitry, y allí estrechó mas y mas su antigua amistad con Enrique de Rency, hermano de Elena, á la cual amaba apasionadamente nuestro héroe.

Por una fatalidad inesplicable, al paso que los hijos de estas dos familias se querían con un afecto inalterable, sus padres, los señores de Vitry y de Rency, se aborrecían mortalmente, pues una animosidad hereditaria dividía á las dos razas. ¿Qué importa la causa? No por eso era menos vivo y menos cierto el odio que se profesaban los dos magnates.

Elena y Raimundo recordaban los amores de Julieta y Romeo: tal vez tambien por esta semejanza, la reina Antonieta había acogido bajo su protección á los dos jóvenes, cuya inesperada union debía poner término al deplorable encono de las dos familias.

«Que el odio de los padres se estinga en el amor de los hijos» había dicho Shakespeare: María Antonieta pensaba como el poeta inglés.

Pero despues de la muerte de Enrique de Rency, una tristeza inconsoable, un abatimiento profundo se había apoderado del corazón de Raimundo. Permanecía, sin embargo, fiel á su bandera y á su juramento militar, cuando la muerte de Luis XVI, y ocho meses despues la de la reina, destruyeron el último sueño de esperanza que le quedaba. El rey, á quien Raimundo había prometido fidelidad, no existía; pero vivía la patria, y una voz sublime resonó en el alma del joven. La patria, su anciano padre y Elena... No vaciló. Acababan de licenciarse algunas compañías del ejército de Condé: Raimundo salió de Alemania, pasó á Suiza, atravesó los Alpes, y se unió á los famosos batallones del ejército de Italia, que hacían tantos prodigios á las órdenes de Bonaparte.

Allí encontró hermanos; allí se entregó su corazón al ruidoso entusiasmo de la gloria y del patriotismo. Conquistar un nombre, servir á la Francia, adquirir á fuerza de intrepidez un grado superior, y volver á su país algun día para proteger á su anciano padre y á Elena, hé aquí los pensamientos que embriagaban su alma y le hacían ser uno de los mas valientes soldados del ejército de Italia.

Raimundo, despues del tratado de Campo Formio, iba á pasar á París acompañando al general Bonaparte, cuando supo por los papeles públicos el sangriento fin de su padre el conde de Vitry, sentenciado al cadalso por el tribunal revolucionario, como convicto del crimen de conspiración contra la República.

El primer pensamiento de Raimundo fué de desesperación, é intentó levantarse la tapa de los sesos. Un medallón que nunca le abandonaba le mostró las angélicas facciones de Elena de Rency. Raimundo arrojó la pistola que había empuñado, diciendo:

—Pues bien, patria mia, todavía te pertenezco y te serviré. ¿Y qué sería sin mí esa noble doncella, á la que he consagrado mi existencia?

El nuevo conde de Vitry continuó sirviendo en Italia con el nombre de Raimundo. Llegó á teniente en un regimiento de Guías, y cuando el ejército expedicionario salió para Egipto, se embarcó con otros compañeros para reunirse en Malta á la escuadra francesa.

El mismo nos instruirá probablemente del resto de su vida aventurera en el transcurso de esta historia. Volvamos al parque de Rency, donde nos llama el interés de dos corazones, y perdonen nuestros lectores esta indispensable digresión.

El sol comenzaba ya á declinar, y la señorita de Rency temió dejar á su padre solo por mas tiempo.

—Caballero, dijo á Raimundo, ya que la Providencia os ha conducido á este país, creo que sea con un objeto feliz para nosotros. Ya es tarde y mi padre necesita de mis cuidados. Si deseais volver á verme, estaré aquí mañana entre una y dos de la tarde.

El capitán se inclinó demandando á la doncella el permiso de besar su mano, favor que Elena no acostumbraba sin duda conceder, pues consintió temblando. Raimundo, cuya intencion era pasar cuarenta y ocho horas en Tours, ofreció volver al día siguiente á la hora indicada y fué á buscar su caballo, aquel buen compañero que, inquieto por su suerte, no cesaba de llamarle. Elena y Margarita se aproximaron á la puertecilla y vieron al oficial que montaba á caballo con lijereza y gallardía. El capitán se alejó al galope, tan luego como perdió de vista el ángulo del murallon y la salida del parque.

UNA JOVEN DE PROVINCIA

en la Sorbona.

Eran las diez y media de la mañana, y las puertas de la Sorbona acababan de abrirse á una multitud impaciente que esperaba á la entrada: era el solemne día de la distribución de premios. Al subir por las escaleras que conducían á las galerías, mas de un corazón materno palpitaba bajo la man-

teleta negra, mas de un turbulento colegial se estremecía de placer, pensando que tal vez dentro de breves instantes presentaría una corona á sus padres y los contemplaría extasiados de contento por su aplicación y adelantos.

Durante la noche que precedió á aquel día, tan alegre para unos y tan triste para otros, no cerró el sueño los ojos de una joven provinciana que vivía en París hacia unos seis meses, pues había recibido un billete para que pudiese ir á la Sorbona.

¡Ah! si supierais cuánta magia encerraba este nombre para la pobre niña! Criada en el campo, lejos de la sociedad, solo había asistido á la distribución de premios en el convento de la Asunción, donde había pasado sus primeros años, y sentía en su corazón una especie de delirio al considerar que iba á ver los discípulos coronados de los colegios reunidos de París y de Versalles.

—Pero no tienes quien te acompañe, Antonia, y no debes ir sola, le dijo su madre, que por hallarse enferma no podía salir de casa.

—Me ocurre una idea, contestó la joven; iré á ver á la señora de T. que vive muy cerca de la Sorbona, y ella tendrá la bondad de hacerme acompañar, ó tal vez me acompañará.

—No convengo en eso, Antonia, pues me parece poco conveniente que vayas sola.

—Pero ya sabes, mamá, que el señor J. ha ofrecido esperarme en la galería grande, y hasta allí iré con la señora T.

—Esa es una suposición poco probable, pues creo que la señora T. no se habrá levantado cuando llegues á verla: se me figura que su salud no es muy buena.

—Y si yo te dijese que ella misma me prometió el lunes que iríamos juntas...

—Antonía, se me figura que mientes. ¿Cómo pudo la señora T. darte esa palabra, cuando no tenía billete ni tú tampoco? Ya sabes que no los distribuyen con ocho días de anticipación.

—Mamá, te juro...

—Te prohibo que jures, hija mia: el paso que quieres dar, por una cosa que no merece la pena, te lo repito, es muy poco conveniente, y así no irás á la Sorbona.

Al escuchar tan terrible sentencia, creyó Antonia que todas sus fuerzas la abandonaban; sin embargo, no perdió su aplomo, y con una energía inesperada en su carácter tímido, repuso:

—Mamá, me has traído á París para que adquiera conocimientos que no podía procurarme en provincia: tambien me has dicho que no debo perder las ocasiones de instruirme: ahora se presenta una y no quieres que la aproveche; ya sabes lo mucho que me aprecia nuestro anciano amigo el señor J.; y cuando me ha preferido á su hija para darme el billete, es porque cree que me será útil asistir á la distribución de premios.

Despues de hablar así, se arrojó Antonia al cuello de su madre, ofreciéndole que si la señora T. no podía acompañarla, renunciaría á su proyecto.

La señora Dermans amaba apasionadamente á su hija, y aunque de mala gana, asintió por fin á sus deseos. Cogió la pluma y escribió á la señora T. recomendándole su Antonia; en seguida rizó los cabellos de la alegre niña, le puso su vestido de muselina, y llamó al ama de gobierno para que la acompañase.

La joven impaciente bajó inmediatamente á la calle y con una celeridad que desesperaba á la buena Rosa, atravesó las Tullerías. La mañana estaba hermosísima y el sol brillaba en todo su esplendor. Antonia tenía una imaginación muy viva, y aquel día lo veían todo sus ojos por un prisma encantador; no tardó en recorrer su pensamiento un inmenso espacio; fabricó mil castillos en el aire, y se figuró la distribución de premios en la Sorbona como la escena mas poética del mundo. ¡Grande debía ser su desengaño!

A alguna distancia de la morada de la señora T. se apresuró á despedir á Rosa, diciéndole que su madre la esperaba y que le había prohibido llevarla mas lejos. Rosa obedeció, aunque de mal talante, y Antonia se creyó dichosa al ver que se alejaba de su lado, al pensar que se encontraba libre y que podía dirigirse hácia donde quisiese, lo cual nunca le había sucedido.

Entró en casa de la señora T. loca de alegría y, casi sin saludarla, le pidió que la hiciese acompañar á la Sorbona: la doncella había salido, y la señora T. no podía salir, pues estaba sin vestirse y necesitaba una hora para componerse. ¿Qué hacer?

No importa, pensó Antonia, que no había entregado á la señora T. la carta de su madre: no sé el camino, pero lo hallaré preguntando. Iré sola, añadió en voz alta, supuesto que mamá me lo permite. La señora T. la miró meneando la cabeza y dijo que le parecía imposible.

—Pues es muy cierto, repuso la joven maliciosamente.

Conociendo la señora T. que serían inútiles sus reflexiones, llamó á la portera, y le encargó que acompañase á la Sorbona á aquella niña caprichosa. Antonia cogió del brazo á la buena muger y la obligó á andar con mas rapidez que la que hubiera deseado.

—¡Qué señorita! murmuraba en voz baja. ¡Y yo que la creía tan tímida! ¡Si parece un diablillo! Vaya! y es una gran cosa la que desea ver...

Antonía, que no había oído este soliloquio, divisa por fin las puertas de la Sorbona y se separa de su compañera, que la saluda, haciendo votos con irónico acento para que se divierta mucho.

Sola en medio del patio, dirige Antonia sus miradas hácia todas partes, pero no descubre al señor J. Empieza entonces á temblar como la hoja de una flor azotada por el viento, y se echa en cara su conducta de aquella mañana, temiendo un severo castigo. Permanece así algunos minutos sin saber qué partido tomar, hasta que viendo á un anciano vuelto de espaldas y que en el cuerpo se parecía exactamente al que buscaba, corrió hácia él y le tiró suavemente por el traje diciendo:

—Señor J.!

El anciano se volvió hácia ella y la joven se ruborizó en extremo al reconocer la imprudencia que había cometido.

—¿Esperais á alguna persona, hermosa niña? le preguntó aquel hombre. ¿Puedo ofrecer os mi brazo y mis servicios?

El tono con que fueron pronunciadas estas palabras se

hallaba en tan poca armonía con los cabellos blancos del anciano, que Antonia comprendió, á pesar de su aparente aturdimiento, que no debía responder á ellas, y perdiéndose entre la multitud, desapareció dejando estupefacto á su interlocutor.

En la mayor ansiedad y despues de un instante de reflexión, se atreve á subir la escalera que conduce á la segunda galería: presenta al fin su billete con timidez y se dispone á entrar; pero el centinela municipal, apostado allí, la dice brutalmente:

—Estos caballeros son poco galantes, señorita; no hay sitio aquí.

La pobre niña quedó anonadada y triste; y maldiciendo la mala suerte que la perseguía, bajó la escalera como una culpable á la que acabasen de sentenciar.

Ya tocaba el último escalón, cuando un hermoso joven, de pálido rostro, de ojos y cabellos negros, se acercó á ella y con la mayor finura, con voz suavísima, que en nada se parecía á la del viejo, la dijo temblando:

—No salgais, señorita, os lo suplico; tomad mi billete, que es de primera galería, y entrareis.

Desconcertada Antonia por su anterior tentativa, iba á rehusar la oferta; pero el joven, compadecido de su confusión, la ofreció su mano que ella aceptó ruborizándose en extremo, la condujo á la primera galería, la colocó en sitio desde el cual pudiese verlo todo perfectamente, y se separó de ella saludándola cortés y graciosamente. La joven creía soñar, y decia en voz baja:

—¡Qué finos son los jóvenes de París! Y eso que en provincia me aseguraban lo contrario!...

Los gritos de los colegiales que pedían la *Marsellesa* distrajerón sus pensamientos; alzó los ojos y se desplegó á su vista un espectáculo nuevo para ella, aunque muy insignificante para los habitantes de París.

Los doctores con sus bonetes cuadrados, representando las cuatro facultades mayores, se colocaron con paso grave y majestuoso en el centro de la sala; seguíales los profesores, y ocupó cada cual el puesto que le correspondía; despues entraron los magistrados y tomaron asiento en los bancos forrados de terciopelo que se les había preparado: por último, en medio del recinto figuraba un gran anfiteatro lleno de colegiales, cuyas miradas se volvían incesantemente hácia las cortinas tricolores que la brisa agitaba suavemente. Aquella estraña mezcla de colores y de semblantes animados, aquel imponente aparato que imponía respeto y dispone el alma del poeta á la meditación, admiraron á la joven provinciana.

Y con todo, aquel espectáculo era incompleto para ella, pues en medio de aquella masa sin nombre nada distinguía, ignoraba el rango y las atribuciones de los personajes que atravesaban el salón: llegó en su sencillez á equivocarse á los profesores con los miembros de un tribunal, y á la duquesa de M. con la reina. Esto no obstante, se empeñó en no querer pasar por una joven provinciana á los ojos de cierta dama, junto á la cual la había colocado su galante introductor, y que parecía muy dispuesta á entablar conversacion. Entonces conoció la pobre Antonia que había cometido una gran falta al ir sola á la Sorbona, pues no pudo menos de convencerse de que saldria de allí tan poco adelantada como había entrado, de que se vería confusa para contestar si le preguntaban lo que había visto, y de que le sería imposible emplear términos técnicos para referir aquella solemnidad á sus amigos.

Estas reflexiones la ocupaban, cuando se presentó el ministro de Instrucción pública; despues de un largo discurso en latin que fué muy aplaudido, pero que hizo bostezar á nuestra heroína, pronunció estas palabras.

—Jóvenes alumnos...

La joven escuchó con atención, pues comprendió que el ministro iba á hablar en francés.

Las primeras frases del discurso le interesaron poco, pero cuando oyó decir á M. de Salvandy; «el porvenir es vuestro, » caminó hácia él con seguros pasos, porque os pertenece, » se estremeció de placer, pues aunque joven, había soñado con la gloria, y esta hacia palpar su corazón. ¡Ah! No sabía que los laureles se riegan con lágrimas.

El ministro calló y empezó la distribución de premios. Cuando Antonia vió adornar con el de honor la frente del colegial que lo había merecido; cuando oyó las aclamaciones con que sus compañeros aplaudían aquel acto de justicia, una emoción indefinible se apoderó de su alma; deseaba que aquel joven dichoso hubiera sido hermano suyo, y experimentaba un júbilo inmenso al contemplar el contento que brillaba en aquel rostro todavía infantil. Los demas nombres apenas llamaron su atención, pues la absorbía un solo pensamiento.

Feliz la doncella cuyo corazón pueden eternecer las sensaciones dulces y apacibles. Esto dura en París muy poco tiempo, y dentro de un año no irá Antonia á la Sorbona á experimentar poéticas ilusiones, sino á lucir un traje nuevo y una elegante capota.

Despues de la ceremonia siguió á la multitud que abandonaba el edificio: al llegar á la puerta principal, vió pasar rápidamente un carruaje escoltado por tropa. Antonia quiso retirarse hácia adentro, mas no pudo verificarlo tan pronto como quiso, y su vestido y su chal color de rosa quedaron cubiertos de lodo... Primer castigo.

¿Qué mas diré? Desengañada Antonia, se dirigió á casa de la señora T. donde la esperaba el ama de gobierno de su madre. Era ya cerca del anochecer cuando entró en el gabinete de esta: la señora Dermans, recostada en un diván, estaba pálida y parecía sufrir; su hija se arrojó en sus brazos y enseñando el vestido, la dijo:

—Dios me ha castigado, mamá, porque hoy he sido muy culpable. ¿Me perdonas?

—Esta noche no, hija mia, la contestó la señora Dermans con severo acento: mañana estarás mas tranquila y conocerás que una niña pierde mucho cuando desobedece á su madre. Hoy has mentido mucho, con el objeto de disfrutar un escaso placer; has despedido en la calle al ama de gobierno para ilusionarte con unos instantes de libertad quimérica; no has entregado á la señora T. mi carta; has ido, á pesar suyo, á la Sorbona, y te has metido entre la multitud, cuando nuestro buen amigo el señor J. te llamaba en alta voz. Una joven bien educada no se espone de ese modo en público, ni comete tan graves imprudencias.

Antonía quiso hablar, pero su madre añadió:

—Todo lo sé. Ahora vete á la cama, hija mia, y sé mas razonable en lo sucesivo: si en algo tienes ni afecto, reflexiona mejor, y nunca me desobedezcas ni me engañes.

Nada había que replicar á esto, y la señora Dermans era inflexible: Antonia lo sabia, y se retiró á su estancia llorando. Allí recapituló todas las ocurrencias del dia: vió que había indisputado contra ella á la mas cariñosa de las madres, ensuciado su vestido y su chal, y ganado un fuertísimo dolor de cabeza. Y todo por haber ido á fastidiarse dos horas en la distribución de premios de la Sorbona!

VIAJE A LAS ISLAS DEL OCEANO PACIFICO.

Las tentativas hechas por la Gran Bretaña para descubrir un paso al Norte, en el mar Pacifico, rodeando el continente americano, se hallan descritas en las relaciones de Ross, Parry, Lyons y Franklin, que mandaron diversas expediciones con dicho objeto. Resolvióse que, al paso que Parry buscaba un paso al Noroeste, atravesando el canal del Príncipe Regente, el capitán Franklin haria rumbo hácia el rio Mackenza, bajaría por él al encuentro de Parry, proseguiría sus descubrimientos bordeando las costas de los mares polares, y llegaría, si fuese posible, al estrecho de Bering; necesitaba además que un buque se avistase con las dos expediciones para entregar las provisiones, y el capitán Beechey fué elegido para el mando del *Blason*, fletado al efecto. Esto no obstante, y aunque especialmente destinado al auxilio de las expediciones polares, recibió del gobierno inglés instrucciones respecto á otros puntos interesantes de su viaje: tratábase de reconocer, con mayor esmero que otras veces, las islas del Océano Pacifico, y de estudiar la geografía de las costas al Noroeste de América, así como la historia natural de aquellas regiones.



Una jóven de provincia en la Sorbona.

El *Blason*, montado por ciento diez hombres, se hizo á la vela el 19 de mayo de 1825, entró en el mar Pacifico, y el 17 de noviembre tocó en la isla de Pascuas. La inquietud de los naturales de esta se manifestó por medio de aclamaciones, que cubrían los gritos de la tripulación: al ver que se dirigian á tierra las embarcaciones menores del buque, echáronse al agua muchísimos nadadores y las cercaron mucho antes que llegasen á la playa: unos se agarraban á las bordas y otros al timón, de modo que impedían la marcha de los botes: todos se mostraban, al parecer, con disposiciones amistosas, pues arrojaban á los marineros bananas, patatas, panes de azúcar, y redes, dejando el pago de sus artículos á merced de nuestra generosidad. Entre los nadadores había no pocas mugeres que manifestaban mayor empeño que los hombres para entrar en las embarcaciones, con cuyo objeto no escaseaban medio alguno de persuasión. Hubiera sido imprudente ceder en esto á sus deseos, y fué necesario recurrir á la fuerza para rechazarlas; no se incomodaban; mas á pesar de la mas esquisita vigilancia, consiguieron robarnos varios efectos que llamaban su atención: una vez cometido el hurto, el merodeador se zambullía en el agua y volvía á salir á cierta distancia con el fruto de su rapiña.

Para arribar al sitio de desembarque, tuvieron que doblar los botes una roca aislada, que salía del mar y que se hallaba tan llena de mugeres, que parecía una masa compacta de seres vivientes: tres ó cuatro de aquellas nereidas se arrojaban de vez en cuando al agua, nadando como peces hasta las barcas, y provocando con la influencia de sus sonrisas á los marinos. Por fin, un oficial admitió á su bordo á la mas bonita. Sus facciones eran delicadas y correctas, sus ojos negros, sus cabellos largos y sedosos, su cutis moreno claro: varias líneas arqueadas cruzaban su frente, y, lo mismo que todas sus compañeras, enseñaba desde la cintura hasta las rodillas multitud de rayas azules muy unidas: su único traje era un delantecito triangular de juncos y de hojas. Su pudor, sin embargo, se alarmó al verse entre los marinos ingleses, y sin el

menor cumplimiento se apoderó del capote del oficial para cubrirse, entonando al mismo tiempo una cancion que no carecia de melodía.

El recibimiento de los naturales ocultaba desgraciadamente una traicion, pues intentaban apoderarse de las em-



Una jóven de provincia en la Sorbona.

barcaciones: pero no tardó en estallar entre ellos la discordia, y esto descubrió sus malas intenciones: al punto fueron rechazados por la fuerza y murió uno de sus jefes. El capitán Beechey se dirigió inmediatamente á la segunda isla de aquel peligroso archipiélago, visitó una tras otra las de *Dacie* é *Isabel*, ambas inhabitadas, y pasó á las de *Pelearn*, bien conocidas por haber servido de último asilo á los rebeldes del *Bomty*, á quienes Lord Byron escogió por héroes de su poema intitulado *La isla, ó Cristian y sus compañeros*. Hace ya muchos años que el capitán americano Falger descubrió el retiro de aquellos hombres, que habían roto todos los lazos con la sociedad, para adoptar la vida del hombre libre y salvaje. Escribió al almirantazgo inglés participándole el caso; y aunque su relacion pareció increíble al principio, mencionaba dos hechos que proporcionaron al secretario del almirantazgo los medios de probar su veracidad. El primero era que aquellos desalmados poseían un antiguo cronómetro construido por Kendall: el segundo que, aunque el anciano que había sobrevivido á sus compañeros, tomaba el nombre de



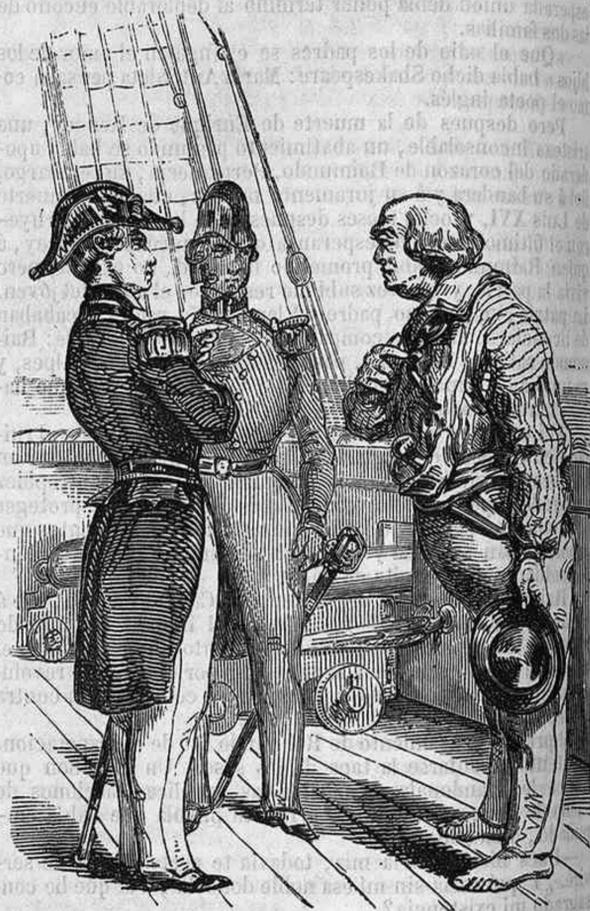
Viaje á las islas del Océano Pacifico.

Adan, decía que el suyo verdadero era Alejandro Smith. Mr. Barrow escribió sin perder tiempo á las oficinas de la marina, y efectivamente constaba en los archivos que el cronómetro de la *Bomty* era de Kendall, y que á bordo de dicho buque había un marinero llamado A. Smith, natural de Shoreditch.

El interés que escitó la noticia de que estaba á la vista la isla de Pelearn atrajo á toda la tripulación sobre cubierta: pero la noche nos obligó á diferir hasta el siguiente dia el placer de comunicarnos con el nuevo pueblo, fruto de padres europeos y de mugeres salvajes. Llegado el momento y cuando nos ocupábamos en descubrir el anclaje indicado y el capitán Carteret, vimos llegar á velas desplegadas un barco, que en vista de su tripulación presumimos desde luego que pertenecía á los isleños. Sorprendiéonos aquella tripulación que se componia del viejo Adan y de todos los jóvenes de la isla.

Pidieron permiso para subir á bordo del buque, y habiéndole obtenido, se apresuraron á estrechar la mano á los oficiales: Adan se presentó á nosotros. Tenia sesenta y cinco años y era muy robusto y ágil para su edad, á pesar de su corpulencia: cubrían sus carnes una camisa de marinero y un ancho pantalón; llevaba su sombrero en la mano, y aun cuando se le dijo que se cubriese, volvía á descubrirse y se rascaba la frente, cuando los oficiales le dirigian la palabra, conservando sus antiguos hábitos de marino. Aquella era la primera vez que se encontraba á bordo de un buque de guerra, desde la época del motin, y su memoria le trasportaba naturalmente á unos tiempos, cuyo recuerdo aumentaba el embarazo causado por las palabras que le dirigian familiarmente unos hombres, cuyas órdenes acataba antes con respeto. No se inquietaba respecto á su libertad, pues el gobierno le había dado demasiadas seguridades para que concibiese el menor recelo tocante á este punto: cediendo pues al atractivo de la comunicacion, acabó por sosiegarse y hablar con franqueza.

Los jóvenes, en número de diez, eran altos, revelaban en sus rostros una salud envidiable y hacian alarde de buen humor. Su sencillez, sus temores de desagradar prevenian igualmente en favor suyo: no podíamos menos de reirnos al escuchar sus preguntas, pues no parecia sino que debíamos



Viaje á las islas del Océano Pacifico.

conocer todos los buques que se habían presentado en aquellas aguas.

Sus trages, compuestos de todos los regalos que los habían hecho las embarcaciones mercantes de todas las naciones, eran verdaderas caricaturas: uno ostentaba gran leviton negro por única prenda; otro una camisa, sin mas acompañamiento; este un chaleco sin camisa, aquel un frac raído y los pies descalzos... Solo dos individuos tenían sombreros, de una moda que había pasado hacia mucho tiempo.

Parece que despues del motin había estallado la discordia entre los marineros rebeldes, y que había corrido sangre. Adan había sobrevivido á todos, y convertido en patriarca de los descendientes de sus compañeros, concibió el proyecto de formar con ellos un pueblo de cristianos, dignos de la Iglesia primitiva. Sus preceptos y su ejemplo produjeron excelentes frutos; fundó una escuela; los que podían trabajar, cultivaban las tierras, reparaban las habitaciones y tegian redes; el órden mas perfecto presidia á los trabajos y á los recreos diarios, que siempre empezaban y concluían con un himno al Criador. ¡Singular espectáculo el de aquel pueblo inocente, formado por un viejo marinero, que no sabia en otro tiempo mas que batirse y jurar!

Despues de dejar la isla de Pelearn, atravesó *El Blason* de nuevo el archipiélago del mar Pacifico y visitó las islas de Gambier, grupo considerable: de él se destacan algunas que son volcánicas. El primer dia no vimos á ningun isleño, pero al otro se nos apareció uno de ellos en una especie de almadia, que allí llaman *kataraman*: estaba completamente desnudo, y solo consintió en subir á bordo cuando le significamos que éramos sus amigos. Su confianza llegó pronto al estremo; saltaba de placer cuando le enseñábamos un objeto cualquiera, aceptó con entusiasmo todos nuestros dones, y se fué á anunciar á sus compañeros nuestras favorables disposiciones. A las pocas horas se llenó el buque de isleños, y nuestra vigilancia fué escasa para librarnos de aquel ejército de rateros.

Estos salvajes tienen un modo extraño de saludar, y con-

siste en frotar fuertemente su nariz contra la de otro individuo. Pronto tuvimos que echarlos á sus almadías y establecer centinelas en las escalas para impedir que volvieresen; pero hubieran forzado la consigna, á no hallarse sobre cubierta



nuestro perro de Terra-Nova: este animal miraba de reojo á los isleños; mi podenco tomó tambien parte en la custodia del buque; y como los naturales de las islas nunca habian visto perros, los ladridos de los cuadrúpedos les inspiraron mas miedo que nuestras bayonetas. Llamábanles *boas*, palabra que



en el idioma de Otaiti significa cerdo, pero que tambien se aplica al toro y al caballo, al cual dan el nombre de *boaafactanta*. La mayor parte de las islas del archipiélago del Océano Pacífico son de coral, y sus formas han ocupado durante largo



tiempo á los naturalistas: tienen en general una ancha laguna protegida contra el mar por un muro de coral de sorprendente altura. Muchas de dichas islas, en las cuales crece la palma, están habitadas por hombres que se alimentan principalmente de pescados: hay una llamada la isla de *Biam*, en

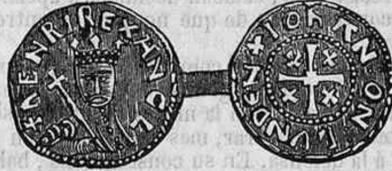


la que encontramos unos hombres instruidos en la religion cristiana por el celo de los misioneros de Otaiti: tenían muchos ejemplares del *Nuevo Testamento* y manifestaban el mayor respeto hácia estos libros santos. No hace mucho tiempo que los habitantes de estas islas

han dejado de ser caníbales; pero conservan una afición decidida á la carne cruda, y devoran el pescado vivo: la única prueba de humanidad que en ellos se observa consiste en que empiezan á comerlo por la cabeza. Estos pueblos son polígamos y tratan á sus mugeres con bárbara brutalidad.

LA MANO DERECHA DEL SEÑOR DE GIAC.

Si el lector que tantas pruebas nos ha dado de su benevolencia acompañándonos á hacer escursiones históricas á través de la antigua Francia, quiere tambien esta vez dejarse guiar por nosotros, nos trasladaremos á algunas leguas de distancia de la pequeña y bonita ciudad de *Avranches* entre *Frans*



y *Sain-Hilaire*, al pié de un fuerte castillo donde las murallas ocultas hoy bajo la yerba, ceñían altivamente en la época en que da principio nuestra historia, á la villa de *Saint-James* de *Beuvron*.

En el sitio ocupado por las verdes y amenas praderas que se extienden hasta *Pontorson* se hallaba entonces el cuartel del ejército de la *Bretaña*, que habia llegado al principiarse la cuaresma de 1425 con el objeto de poner sitio al castillo de *Saint-James*. Tendiendo una mirada sobre el foso que rodea el campo y sobre la empalizada que la defiende, siguiendo los angulosos contornos que circuyen á este foso y á esta empalizada,



se conocerá desde luego que quien ha dirigido estos trabajos es un capitán sabio y entendido en el arte de presentar una batalla y de ofrecer un hábil plan, tan á propósito para el ataque como para la defensa. En las heroicas guerras de la edad media, los soldados peleaban, no guiados por un solo y bien coordinado plan de campaña, sino segun el capricho de sus aventureros jefes, que teniendo una voluntad individual desde que contaban con veinte ó veinticinco hombres para ayudarles en el cumplimiento de sus atrevidas empresas, se decidían á proceder por sí, llevados por su valeroso entusiasmo, para que solo recayera en ellos la gloria de sus hazañas;



pero nunca conviene que una guarnicion resuelva irreflexivamente ponerse en campaña y marchar guiada solo por su instinto al socorro de otra guarnicion cautiva, porque los sitiadores pueden convertirse en sitiados al dia siguiente; aquí podria llegar de un momento á otro el ejército de la *Bretaña*, y sabiéndolo los ingleses de *Avranches*, acudir con prontitud al auxilio de sus hermanos de *Saint-James* de *Beuvron*.

A esta hora, y gracias á las precauciones hábilmente tomadas, todo se hallaba lleno de calma en el campo, y el silencio de la noche no se hallaba interrumpido mas que por el ruido de los centinelas que de cuarto en cuarto de hora daban

el grito de vigilancia: todos los fuegos se hallaban apagados en las barracas de los soldados, y en las tiendas de los oficiales; una sola tienda mas alta que las demás, y en la cual flotaba, á cada ráfaga de viento que venia del mar, la bandera de *Francia* y de *Bretaña*. En esta tienda se hallaba lleno de cui-



dados el jefe de todo este ejército, que tan tranquilo dormía, descansando en él como el rebaño en su pastor.

Armado de coraza se hallaba tendido sobre unas pieles de lobo que le servian de lecho; el casco separado de la armadura estaba á su cabecera, y su rostro descubierto, de tez



morena, ojos azules, cabellos castaños que caian perpendicularmente sobre sus espaldas, daban á su fisonomía una expresión de dulzura perfecta, si una ligera contracción de cejas, habitual en él, no denunciara su poderosa voluntad y energía, que algunas veces degeneraba en verdadera obsti-



nacion. Revelaba tener de treinta á treinta y cuatro años, y á pesar de ser tan joven era ya responsable de la vida de sus compañeros de armas. A la luz de una lámpara de cobre se ocupaba en leer un manuscrito, teniendo la cabeza apoyada sobre su mano izquierda, y con la derecha hacia correccio-



nes en letra mucho mas crecida que la del testo. Este manuscrito tenia por título: *Historia de Arturo, conde de Richemont y condestable de Francia, comprendiendo sus memorias desde 1413, hasta el último dia de 1424.*

—¡Ah! mi pobre Guillermo, murmuró el joven guerrero

luego que hubo llegado á la última hoja; yo temo que tú no hayas escrito á esta hora las mas ricas páginas de mi historia, y que este año de 1425 no se vuelva peor, á pesar de haber empezado tan mal.

—He aquí tristes sucesos, monseñor, exclamó un hombre vestido de paisano que se halla dentro de la tienda de Arturo, y se aproxima á su lecho sin que él se aperciba de ello. Y desgraciadamente, continuó suspirando el recién venido, las nuevas que yo traigo no son de esas que pueden ocasionar alegría alguna.

—¡Ah! ¿eres tú Gonel? respondió Arturo con una sonrisa que probaba que no sería peor recibido por mas que las nuevas que anunciaba no fueran de las mas agradables; á fé de mi alma que yo te creía colgado y pensaba mandar mañana una compañía con orden de examinar minuciosamente todos los árboles de los alrededores, á fin de darte si era necesario una sepultura cristiana.

—Y eso hubiera podido suceder, monseñor, si yo no hubiera tenido la precaucion de sustituir este traje de villano á vuestra noble librea. Los ingleses baten noche y dia el campo bajo las órdenes del conde de Suffok y del señor de Scales, y aunque yo no llevaba mucho dinero, ellos creían hacer sin embargo una maravillosa presa; diciendo esto desocupó una gran bolsa en el casco del conde.

—¿Y hasta donde has llegado?

—Hasta Rennes.

—¿Y traes noticias del rey?

—Sí señor: en Issoudun con Mr. de Giaco y la corte.

—¿Y los cien mil escudos prometidos?

—Yo no he podido hablarle.

—De suerte que este dinero que tú traes... replicó Arturo tendiendo una mirada sobre el casco lleno de oro...

—Se compone del premio de las alhajas que vos me mandasteis vender, y de doscientos escudos de oro que han sido entregados por vuestro hermano monseñor Gilles y por Madamas de Alenzon y de Lomaigne.

—¿Mis bondadosos hermanos! exclamó Arturo.

—En cuanto al duque Juan, se halla viajando por las márgenes del Morlais ó de Quimper; pero ha estado en Renne, pues ya sabéis que es mas de la Borgoña que del Delinado.

—De suerte que nuestra fortuna sube á...

—A cuatrocientos ochenta escudos de oro.

—Vamos; ya tenemos para pagar siquiera á los mercaderes que nos suministran los víveres; en cuanto á los soldados, ellos se servirán aguardar á lo que disponga nuestro rey.

—¿Dios vele por él! exclamó Guillermo con el acento de un hombre que á la ventura dirige una plegaria, pero sin grandes esperanzas de que sea escuchada.

—¿Qué es lo que quieres decir? murmuró Arturo apretando los dientes y frunciendo el entrecejo. ¿Qué? ¿puedes tú dudar de la paciencia del ejército cuando su jefe le da el ejemplo?

—Algunas palabras que yo he oído al volver á entrar en las tiendas, y que han cambiado entre sí los soldados de la guardia viéndome yo forzado á darne á conocer...

—¿Y esas palabras?...

—Prometían un motin para mañana si hoy no se les daba la paga que hace cinco meses se les está debiendo.

—¿Un motin? exclamó Arturo dando un salto sobre su lecho.

—¿Un motin? tú has entendido mal, Guillermo.

—No, monseñor; yo estoy seguro de todo lo que os he dicho; así pues, tomad toda clase de precauciones, yo os lo suplico.

—¿Una sublevacion! continuó Arturo sonriéndose desdeñosamente y paseando á largos pasos; ¿una sublevacion! por cierto que sería una cosa digna de verse. La precaucion que yo tomaré se reducirá á no salir sin mi espada.

—Pero monseñor, ¿no sería mas conveniente hacer aguardar á los contratistas, y dar algo al contenido á la tropa?

—Los provisionistas han dado las raciones bajo mi palabra, y no faltará á ella por cuanto hay; en cuanto á los soldados yo les doy pan, agua y hierro, por ellos comerán, beberán y se batirán, y no les quedará nada que desear.

—Sin embargo, monseñor...

—Tomad ese oro, arreglad las cuentas de los provisionistas, y si queda alguna suma repartirla entre las familias de los mas necesitados, diciéndoles que hagan súplicas por el rey Carlos VII, y por la salud de la Francia.

Guillermo dirigió una mirada respetuosa á su amo y salió, pues habia conocido en la expresion de su fisonomía que no era conveniente replicar. Arturo se volvió á echar sobre su lecho, y sea efecto de lo cansado que se hallaba por haber velado tanto tiempo, sea de una grande confianza en sí mismo, ó de la poderosa fuerza de su voluntad, se quedó dormido al cuarto de hora.

Apenas era de dia cuando su sueño fué interrumpido por un ruido sordo que se oía en el campo.

Arturo se despertó sobresaltado, saltó de su lecho, y fué á lanzarse fuera de la tienda para ver lo que ocurría, cuando entró Guillermo.

—¿Qué ruido es ese que se siente, Guillermo, y qué sucede en el campo?

—Lo que yo os habia prevenido, monseñor.

—¿Una sublevacion? exclamó Arturo cogiendo varias armas que se hallaban á la cabecera de su lecho.

—No, monseñor, todavía no ha llegado á eso.

—Pues entonces ¿qué es?

—Los guardias no han querido dejar salir á los mercaderes de ganados.

—¿Y por qué razon?

—Porque han sabido por el centinela que se hallaba delante de vuestra tienda, que todo el dinero que yo habia traído ha sido empleado en el pago de víveres, y no se ha dejado nada para ellos que estan siempre peleando y siempre con el arma al brazo.

—De suerte que... continuó Arturo impacientándose...

—De suerte que las tropas quieren recobrar este dinero de los provisionistas, pues que le consideran como un legitimo salario suyo...

—¿Y tienen razon por ventura? Yo me apresuraré á socorrerles como buenos sugetos.

—¿No os poneis vuestro casco, monseñor?

—No, no; es preciso que me vean y me reconozcan estos perillanes, para que si uno de ellos vacila en obedecerme no

tenga excusa de ninguna naturaleza. Mi caballo, Juan, mi caballo!

El escudero á quien iban dirigidas estas palabras sabia que de noche, de dia y á todas horas, debia tener un caballo completamente aparejado para que su señor le usara en cualquier circunstancia imprevista, y queriendo como de costumbre poner la rodilla para que se hiciera á caballo el guerrero, este, lejos de hacer uso de ella y sin tener en cuenta el peso de sus armas, de un salto quedó montado con la misma facilidad que si vistiera un ligero traje de caza, y observando de dónde partían los gritos, picó espuela á su caballo y encaminó allá su direccion.

Como Guillermo habia dicho, los soldados, prevenidos por los centinelas de que los provisionistas habian sido pagados, no les dejaban salir hasta tanto que devolvieran la mitad del dinero recibido. Se creía que semejante proposicion sería rechazada por unanimidad; pero los soldados que habian previsto esta resistencia, estaban decididos á apelar á la fuerza cuando se convenciesen de que no querian entregarles nada por voluntad.

Los provisionistas, que comprendieron que una vez abandonados al capricho de las gentes de guerra, la reparticion de su dinero no se haria con la mayor exactitud, se reunieron bajo el pretexto de deliberar, mas en realidad con el objeto de prepararse á la defensa. En su consecuencia, habian colocado las mugeres y los niños en el centro, haciendo una muralla con sus carretas, y armados de bastones se preparaban á disputar lo que todo comerciante aprende desde su juventud á anteponer á su propia vida, esto es, el dinero. Los soldados, para quienes una parodia de guerra no era mas que un juego, se preparaban á él con esa alegría feroz que experimentan tanto el hombre como el tigre, cuando saben que su víctima, demasiado debil para resistir su furor, se dispone sin embargo á combatirles, dando, segun ellos, esta resistencia una apariencia de razon á su crueldad. Llegaron sus compañeros de todos los extremos del campo, ignorantes la mayor parte de ellos de lo que se trataba, pero dispuestos por espíritu de cuerpo á seguir el partido de sus hermanos de armas, sin examinar si tenían ó no razon, y pidiendo la muerte contra los provisionistas, sin saber qué habian hecho aquellos á quienes condenaban de antemano á morir.

De repente, en medio de este ruido y este desorden, se hace oír un grito:

—¡El condestable! ¡el condestable!

Y todos se apresuran y se precipitan para dejar paso á un jefe que llega galopando, no deteniéndose hasta que su caballo toca con la cabeza en la barricada que habian formado los provisionistas, en medio de la cual se hallaban estos mas muertos que vivos, esperando que Dios decidiese de sus personas y de su dinero. La presencia del condestable los devolvió el ánimo; separaron una carreta para dar paso al refuerzo que les llegaba, y todos se arrojan á los pies del caballo de Arturo implorando unos gracia y otros justicia.

¿Por qué no partisteis esta mañana al amanecer como yo os lo habia ordenado? dijo Arturo con una voz tan clara y tan alta, que se podia entender hasta desde las últimas filas del ejército.

—Porque ha rehusado la guardia abrirnos la puerta, gritó uno con voz baja y humilde.

Arturo hace señal para que le dejen campo libre, y se adelanta hácia la puerta del campo.

—¿Por qué, dice á los centinelas con el mismo acento, no habeis dejado salir á estos hombres?

—Porque no tenian la contraseña del pase, monseñor, respondió uno de los soldados.

—Entonces está muy bien hecho, dijo Arturo, y volviendo á entrar en las barricadas, se aproximó á aquel que le habia hablado y le dijo: repetid á los centinelas al salir *Bretaña y Borgoña*. Ahora marchaos.

El provisionista se dirige hácia su carreta, coje su caballo de la brida y marcha hácia la trinchera seguido de todos sus camaradas.

Bretaña y Borgoña repiten todos á los centinelas.

—Pasad, responden ellos.

Y todo el convoy desfiló sin obstáculo de ninguna naturaleza.

Luego que el último carro hubo salvado las puertas, Arturo, que habia estado observando el convoy, se volvió y se encontró con algunos de los muchos caballeros de la Bretaña, que por si tenia necesidad habian acudido para ayudarle.

—Señores, les dijo Arturo pareciendo olvidar completamente la causa que les habia traído, estoy muy contento de veros reunidos, porque así daremos muy pronto el asalto. Señor de Alaim de la Mota, cuidad de que vuestros arqueros tengan completos y bien preparados los arcos y las flechas.

Señor de Molac, ordenad á los de Ploermel y de Boc-Saint-Andre que tengan preparadas las faginas y las escalas. Vos, señor de Cesivi, tomad doscientos ginetes y haced un reconocimiento por el lado de Abranches y de Pontorson, no sea que vengan los ingleses á sorprendernos. En cuanto á Guillermo Eder, subirá con nosotros al asalto y tocará las trompetas después que se haya enseñado la bandera y esté todo preparado.

A estas palabras cada jefe se retira á su tienda seguido de los soldados que habian de ir bajo sus órdenes; de suerte que este sitio, en el cual se agitaban un cuarto de hora antes cuatro mil personas, se halla ahora casi desierto, porque no quedaban mas que los soldados de guardia y el condestable, que examinando si se hallaba cada uno en su puesto, se dirigia hácia su tienda para hacer tambien él sus preparativos de combate.

II.

Una hora despues salia el ejército breton de sus cuarteles, y se preparaba para dar el asalto al castillo de Saint-James de Beuvron.

Las órdenes dadas por el condestable habian sido ejecutadas con la mas rigurosa exactitud. M. de Cetriz, con veinticinco ginetes, avanzaba por el lado de Pontorson, y Mr. de Alaim de la Motte habia dividido sus arqueros en dos partes: la una quedaba bajo su mando, y la otra la habia confiado á su hijo Guillermo. Mr. de Molac tenia reunidas las escalas, y Guillaume Eder, segun las órdenes del condestable, se preparaba á subir la muralla por el lado de occidente, mientras que Arturo poniéndose á la cabeza de la mitad del ejército rodeaba

el castillo, y se disponia á dar el asalto por el costado que miraba hácia el mediodia. Los ingleses á su vez, siguiendo los movimientos del ejército sitiador con una atencion que baba toda la inquietud que les proporcionaban sus diferentes maniobras, reforzaban los puntos amenazados con lo mas es-

cojido de sus tropas. Apenas el ejército del condestable habia arrojado las escalas y empezado á subir por ellas dando grandes gritos, cuando se oyó un agudo silbido y cayeron cuatro hombres atravesados de parte á parte por las largas flechas de los arqueros ingleses.

Arturo ordenó á sus soldados que estrechasen el frente de la batalla, y mandándoles que se cubriesen con sus escudos, continuó avanzando hácia las murallas. No habian andado treinta pasos cuando nuevos mensajeros de la muerte vinieron á buscar otras víctimas entre sus filas. Algunos juramentos y algunas blasfemias se hicieron oír, y mientras la tropa continuaba su marcha, iban quedando atrás muertos y heridos revolcándose en su propia sangre. Por último llegaron á una entrada que se hallaba muy próxima á las murallas: dió orden Arturo de hacer alto y arrojar luego las escalas por tres puntos diferentes; entonces los arqueros bretones colocan delante de ellos sus escudos, y arrojándose detrás se disponen á enviar á los ingleses flecha por flecha y muerto por muerto.

Luego que Arturo vió empeñado el combate, dispuso que los portadores de faginas avanzasen hácia los fosos, llevando consigo sus escudos y sus escalas, y él mismo, cogiendo el arco de las manos de un arquero, que acababa de caer mortalmente herido, tomó parte en la accion. Viendo esto se apresuraron muchos caballeros á colocarse junto á él, y algunos oficiales impacientes por pelear se mezclaron entre los tiradores, para reforzar y dar mayor actividad al ataque, juego menos peligroso porque sus bien templadas armaduras los colocaban al abrigo de las flechas, que venian á rebotar sobre sus corazas flamencas, en las cuales apenas la misma lanza podia penetrar.

Mientras tanto, entre una numerosa descarga de flechas que sonaban y saltaban sobre su armadura como el granizo sobre los tejados, Arturo sintió un golpe mucho mas violento que los demás, y un ligero dolor que experimentó en el hombro izquierdo le hizo conocer que traspasada su coraza por la punta del arma enemiga, habia penetrado hasta la carne. Arrancó la flecha y examinándola con cuidado, reconoció la cifra de Mateo de Duncarta, famoso artífice inglés que se habia hecho célebre por la eleccion en las maderas que empleaba para fabricar sus arcos y la clase de hierro con que guarnecía sus flechas. Apenas habia concluido de hacer este examen, cuando sintió un nuevo golpe en un muslo; pero aun cuando la flecha habia penetrado en la coraza, no le fué posible atravesarla.

—¿Habeis sido herido, monseñor? exclama lleno de inquietud Guillermo de la Motte que se hallaba á su lado.

—No, pero gracias á mi buena armadura de Gante, respondió Arturo. Mas es preciso que yo reconozca al perillan que nos envia semejantes presentes para hacerle prontamente justicia, porque cada flecha arrojada sobre los soldados ocasiona la muerte de uno; y vos mismo, Guillermo, presentándoos en medio de nosotros armado tan á la ligera como os hallais, vuestra cota de malla os protegerá poco menos que un ligero vestido de pescador, y por consecuencia bien pronto os vereis acribillado de flechas como un acerico de alfileres.

—¿Dios mio, señor, tened piedad de mí! exclamó Guillermo de la Motte cayendo de rodillas.

—¿Qué ocurre, Guillermo, mi pobre hijo, qué ocurre? dijo Arturo.

—Que he sido herido gravemente, monseñor; ¿pero veis vos aquel condenado que se inclina sobre la muralla para mostrarme á sus camaradas? pues él es, él es quien me quita la vida.

Arturo dirigió su vista hácia el arquero, fijándose luego en el herido, y vió que efectivamente una larga flecha inglesa que tenia cerca de tres pies de larga le entraba por bajo del pecho derecho y le salia por la espalda. Arturo comprendió al momento que el pobre Guillermo no se levantaria mas, pues su herida era mortal.

—¿Y bien! ¿qué deseas tú, Guillermo? le responde Arturo; dime cuál es tu deseo, y si el cumplimiento de él está al alcance de los hombres, será satisfecha tu última voluntad.

Guillermo no pudo hablar mas; la sangre salia en abundancia por su boca; pero pudo mostrar con la mano al arquero que le habia herido y que con grandes risas aplaudia su victoria.

—Si, ya te comprendo, murmuró Arturo colocando su mejor flecha sobre el arco; y aunque tu deseo no sea el de un buen cristiano, será sin embargo bien pronto cumplido. Muere en paz, Guillermo.

La flecha de Arturo recorrió silbando el espacio, y yendo á herir el objeto señalado por un ojo maestro, atravesó las sienas del archero, á pesar del casco de cuero que defendia su cabeza. El inglés estendió los brazos, dejó caer su arco, é inclinándose hácia atrás cayó entre sus compañeros que se apresuraron á recogerle. Arturo se volvió hácia Guillermo, en cuyo rostro se veia la expresion de un gozo sangriento y feroz, pero rápido como el relámpago, pues apenas dió un pequeño gemido, é hizo un gesto cuando murió.

—¡A las murallas! ¡a las murallas! exclamaba Arturo aprovechando el deseo de venganza que este espectáculo habia inspirado á los caballeros. ¡A la muralla! Los fosos estan llenos y las escalas puestas; y dando el ejemplo él mismo, se dirigió el primero á dar el asalto, seguido de sus capitanes y de sus hombres de armas. Los arqueros se quedaban á retaguardia para proteger el asalto y arrojar á los ingleses de la muralla.

(Continuará.)

ANÉDOTAS.

El conde de Luci, á quien la edad, el amor y la guerra habian estropeado de consuno, recibió un ayuda de cámara, del que necesitaba cada instante, segun sus muchas deformidades. La primera noche le llamó para desnudarse, y lo primero que le mandó fué que le quitase la cabellera; el criado obedeció, y no estrañó que su amo quedase con una venerable calva.

entra todos los días y con la mayor confianza por la ventana á hacerles una visita, y cátese V. que se presenta como candidato á tan buena plaza un *Rodriguez*, de quien se averigua al momento que fué hijo del intendente *Rodriguez*, nieto del cobachuelista *Rodriguez*, sobrino carnal del general *Rodriguez*, ahijado del ex-ministro *Rodriguez*, su tío en quinto ó sexto grado lo menos, primo segundo del diputado *Rodriguez*, y hermano tercero del señor *Rodriguez*, primer marqués de *Casa-Rodriguez*, etc., etc., y aun cuando el tal *Rodriguez*, ó bien el aspirante á la mano de la niña, sea un cernicalo de primer orden, ó un calavera con mas vicios que dinero, y mas manchas en su vida que mandil de pintor de brocha gorda, como se trata nada menos que de un *Rodriguez*, ¡quién se ha de atrever á desairarle!... Pero sucede por el contrario: el pretendiente se llama *Garambaina*. Al momento se entra en averiguaciones sobre la importancia del apellido de los *Garambainas*, y como ningun *Garambaina* haya figurado en la *Guía de forasteros*, ni se tenga noticia de que fué hombre de pró, el pretendiente *Garambaina*, aunque sepa mas que los siete sabios de la Grecia, y sea tan virtuoso como *Caton*, me le plantan los papás de la niña de patitas en la calle, *apercibiéndole* para que en adelante se abstenga él y todos los *Garambainas* sus sucesores de aspirar á enlaces semejantes. Esto en el caso de que en la familia de los *Garambainas* no haya habido algun *Garambaina* zapatero, sastre, tendero ó alguna otra cosa de poco mas ó menos, como dice la gente encopetada, que entonces puede contar con una escomunion mayor el *Garambaina* pretendiente, y el ridículo de cuantos sepan la aventura.

Esto que acontece cuando se trata de un casamiento, suele ser mas frecuente todavía al tratarse de obtener cualquier cargo público. Hay apellidos que son la mejor recomendación que puede llevar una solicitud. Es casi imposible desairar á un *Fernandez* hijo del director *Fernandez*, sobrino del ex-ministro *Fernandez*, y del *Fernandez* gobernador que fué del arzobispado de Mechoacan, casado con la hija del consejero *Gutierrez*, ahijada del contador *Jimenez*, etc., etc.

En las ciencias, en las artes, en la literatura, y hasta en los oficios, que ahora ya se han empeñado en ser artes tambien á despecho de los filósofos, los apellidos tienen una significación especial. Un apellido salva una obra. El éxito de una pieza dramática suele deberse á un *Lopez*, ó un *Caravajal*. Hay cantante ó bailarín que como se anunciara llamándose *Mondoneira* ó *Rivadavia*, encontraría gente que fuese dispuesta á silbarle en su *debut* porque le parecería imposible que un *Mondoneira*, ó un *Rivadavia* pudiese hacer bien una piqueta ó un gorgorito. ¿Qué se entiende atreverse á cantar ó danzar uno que no se llame *Riscapini* ó *Catavachi*?...

Un *Meauricoup* salva la hechura extravagante de un frac, ó de un casaquin. Dios le libre á un *Gonzalez* ó un *Perez* de meterse á dar mas ó menos vuelo á un gabán!...

Por último, lectores, para un hombre que se haya de entender con el público es una desgracia llamarse *Zoquete*, *Gazapo*, *Pelambreira*, *Divengalachevea*, *Calamocha*, etc., etc. porque no hay mampara que no se abra, ni solicitud que no se despache favorablemente, ni papa-suegro que ponga mala catadura, ni petardista que no continúe en sus mañas, ni tonto que no pase por sabio, ni oficinista que no haga gran carrera, si á cada uno de estos le sirve como editor responsable un apellido justa ó injustamente célebre...

EL BARON DE ILLESCAS.

EJECUCION MILITAR

Á BORDO DE UN BUQUE

ESTACIONADO EN LA RADA DE PORTSMOUTH.

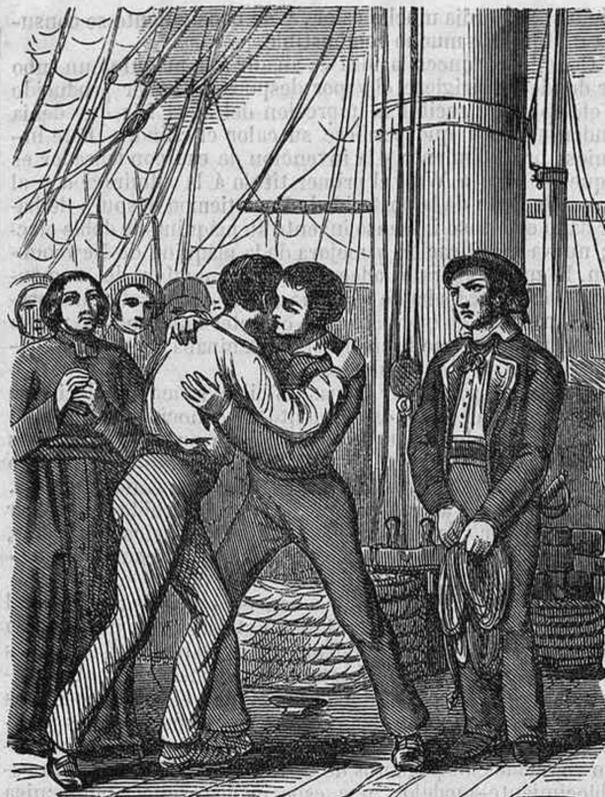
Eran las ocho de la mañana, y el pabellón negro flotaba en el palo mayor: resonó un cañonazo, y esta señal anunciaba la ejecución de la sentencia pronunciada por un consejo de guerra. Dos jóvenes marineros, condenados á muerte por haber herido á uno de sus oficiales, concieron al oír aquella explosión, que conmovió los mal asegurados tabiques de la sala donde se hallaban encerrados, que había llegado ya para ellos el momento fatal.

Estrechando entonces *Strange*, que así se llamaba uno de los dos, á su amigo *Wild* en sus brazos, exclamó:

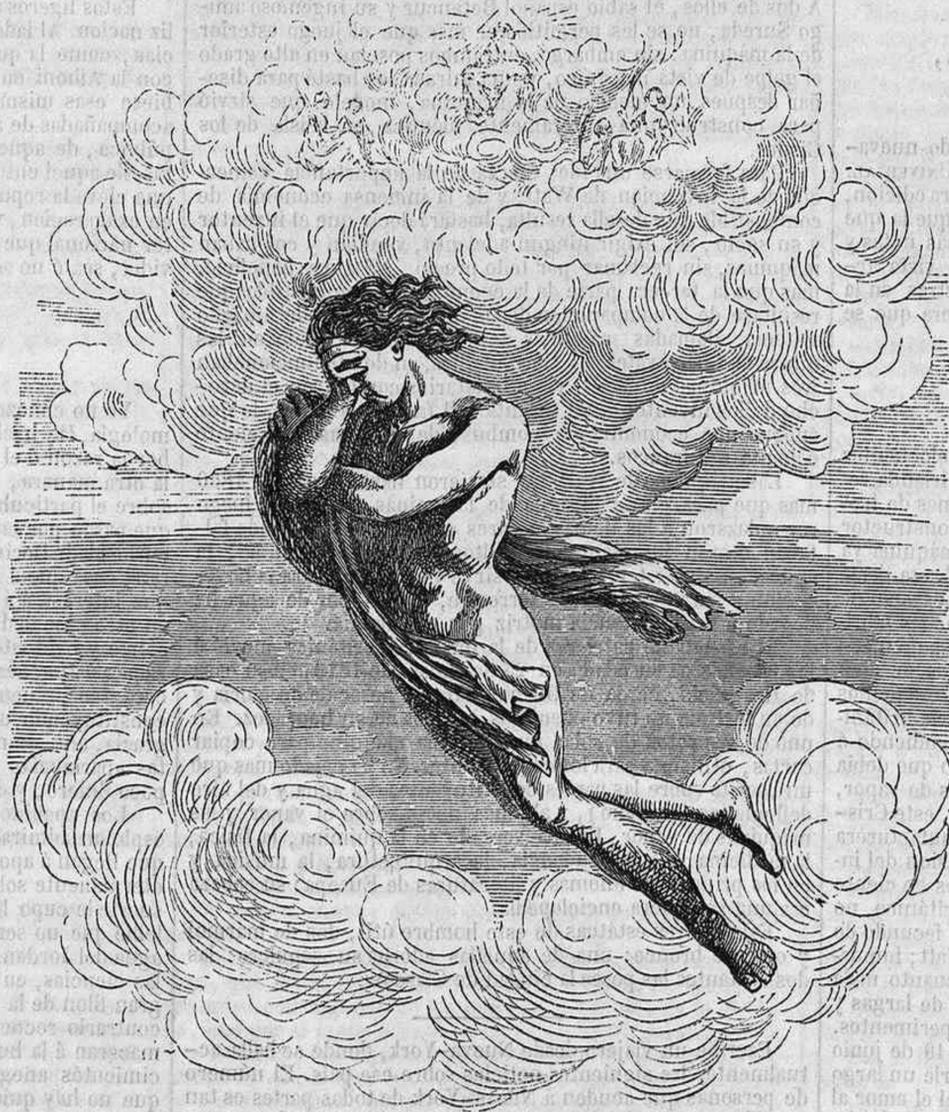
—Dios tenga misericordia de nuestras almas, porque nuestra carrera y nuestros males van á acabar muy pronto en este mundo.

Wild estaba mas tranquilo que su compañero, y su rostro impasible revelaba una estoica resignación.

Se presentó en el encierro un contramaestre, abrió el candado de la barra de grillos que sujetaba á los presos, y despues de desembarazarles de los lazos que les oprimian sus miembros, los entregó á la tropa de marina: esta los condujo acto continuo á la proa del buque sobre cubierta.



Ejecución militar á bordo de un buque.



CONTINUACION

DE

EL DIABLO MUNDO,

POEMA DE D. JOSÉ DE ESPRONCEDA,

POR

MIGUEL ALVAREZ.

Esta continuación abraza toda la interesantísima historia pendiente en el último canto que corre impreso. Nadie como el señor Alvarez, poeta del mismo género y de no menos valía que *Espronceda*, amigo y compañero inseparable del autor del *Diablo Mundo* en España y en el extranjero, confidente natural de sus pensamientos, de sus ideas, de sus proyectos, de su plan; nadie como él podía satisfacer la curiosidad en que queda el lector del *Diablo Mundo* al llegar á la última página y encontrarse en la mitad de uno de los mas bellos episodios del libro. Concluida la inserción en el SEMANARIO de los excelentes versos del señor Alvarez, se ha impreso por separado esta producción á dos columnas, en la misma forma de la edición últimamente hecha del *Diablo Mundo*, ilustrada con láminas semejantes, y á propósito en fin para que pueda encuadernarse con ella y completarse de esta manera el episodio, ó para tenerla por separado como apéndice á las demás ediciones.

Está repartiéndose esta interesante producción.

Allí tuvo lugar una escena imponente y difícil de describir. El cielo estaba sereno, el mar trasparente y en calma, y la brisa agitaba suavemente los pabellones de los demás buques, que habían cruzado sus vergas: todas las tripulaciones, con arreglo á ordenanza, se veían agrupadas en trage de gajambres de abejas. Un piquete de soldados de marina formaba en cada embarcación la guardia destinada á conservar el orden, figurando al mismo tiempo el cuadro de aquella trágica solemnidad militar. El del buque estacionado era mas numeroso, y se había colocado de popa á proa por ambas bandadas. Treinta botes cercaban sus costados con los remos en alto, y estaban mandados por oficiales de marina.

A una orden del teniente de guardia, repetida por el agudo silbato del primer contramaestre, se abrieron las escotillas y se formaron en hileras todos los marineros: la hora del castigo había sonado ya.

A los cinco minutos de un silencio sepulcral y desgarrador, se oyeron algunos gemidos y los pasos de la tropa que se acercaba al palo mayor: entre filas iban los dos jóvenes sentenciados, que se dirigieron sin pronunciar una palabra al sitio que se les había designado. Inmediatamente leyó el fiscal del consejo de guerra la sentencia pronunciada por este, y la orden de ejecución del comandante del buque. Concluido este acto, el capellan recitó en voz alta las oraciones de los agonizantes señaladas para estos casos, que fueron escuchadas y repetidas por la marinería con religioso recogimiento.

Despues se preguntó á los presos si estaban dispuestos á morir, y contestaron afirmativamente.

Todas las miradas se fijaban en aquellos desgraciados, que se despedían del mundo y renunciaban á sus esperanzas y á sus mas queridas afecciones, cuando apenas habían recorrido la quinta parte de la vida probable del hombre. La fisonomía de dichos jóvenes, notable por su belleza y por la espresión de melancolía esparcida en sus facciones, aumentaba la piedad, que desde luego había inspirado á cuantos presenciaban tan dolorosa escena; al mismo tiempo parecían tan tranquilos, que su resignación disminuía el horror de sus últimos instantes.

Antes de aproximarse al pié del palo mayor, puesto destinado para el suplicio, pidieron un vaso de vino, que se les dió al momento y que bebieron despues de saludar respetuosamente al comandante y á los oficiales.

Un cabo se acercó á ellos para atarles los brazos; pero antes de separarse se abrazaron estrechamente, y el capellan les leyó las últimas exhortaciones de la iglesia, como tambien el servicio fúnebre, mientras se hacían todos los preparativos necesarios para la ejecución.

En cada costado del buque y cerca de las serviolas se había levantado una especie de cadalso, al cual se subía por cinco gradas. Al estremo de la verga se veía un moton, que para mayor seguridad estaba fijo al círculo de los botavantes; por él pasaba un cabo, uno de cuyos estremos caía sobre el cadalso y el otro sobre cubierta: á popa se había colocado una coliza giratoria, dispuesta á hacer fuego á la primera señal.

Wild no pronunciaba una palabra, pero *Strange* preguntó al contramaestre, encargado de asistirle en sus últimos momentos, si la cuerda estaba bien colocada alrededor de su pescuezo.

—He visto, le dijo, sufrir á otros horriblemente por no haberse tenido presente esta precaución.

El contramaestre se apresuró á tranquilizar su ánimo contra aquel temor, asegurándole que sus padecimientos serían cortos.

Pusieron á los reos unos gorros blancos, y les cubrieron con ellos los ojos, tan luego como los llevaron por las cinco gradas á los cadalsos. Entonces los infortunados jóvenes se despidieron de sus camaradas, rogándoles que pidiesen á Dios por sus almas, y volviéndose hácia el capellan le dieron las gracias por sus religiosos cuidados, asegurándole que morían dichosos, porque tenían confianza en la divina misericordia.

Permanecieron en pié hasta que quedaron terminadas todas las disposiciones: la última de estas consistió en amarrarles con la cuerda colgante, cuyo estremo opuesto estaba entre las manos de treinta hombres colocados á cada banda del buque al mando de un teniente. Hecho esto, el fiscal agitó un pañuelo blanco; un cañonazo envolvió al buque en una nube de humo, y se vió á los dos pacientes suspendidos en los dos brazos de la verga mayor.

Una hora despues de la ejecución fueron colocados sus cuerpos en dos cajas mortuorias, y conducidos á tierra para darles sepultura.

El comandante del buque detuvo á la tripulación sobre cubierta durante aquella hora, para que se leyesen los artículos de la ordenanza relativos á la subordinación y á las penas en que incurren los que faltan á ella.

REDACTOR Y PROPIETARIO, DON ÁNGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.